

MI PROFESOR IDEAL

POR

KOSTANTIN ENEAS

Era pasado la media tarde de un frío día del mes de enero cuando me encontré, después de muchos años, con D. Jerónimo Correas. La tertulia de sobremesa del casino estaba prácticamente acabada y en el interior solo quedaban los cuatro estáticos viejos de siempre, que gastaban su tiempo en frecuentes cabezadas somnolientas, esperando la hora prudente de volver a su casa. D. Jerónimo estaba acurrucado, medio escondido detrás de una mesa de juego, sentado sobre un viejo sillón, leyendo un periódico atrasado ajado por el uso. A pesar de su discreta posición, se adivinaba su largo y desgarrado esqueleto, encogido y deformado por la edad, con las piernas huesudas que nacían cerca de sus hombros. Su cabeza antaño con el pelo largo y oscuro era ahora una pequeña loma blanca y rala. Su rostro reflejaba la bondad de siempre, con sus cejas excesivamente pobladas y enmarañadas, casi tapándole los ojos.

Yo lo observaba con curiosidad desde la barra del bar, intentando recordar la azarosa vida de este insigne y subversivo maestro nacional, que luchó con todas sus fuerza por conseguir realizar su labor docente sin ninguna injerencia política. Su lema fue siempre: enseñar para formar personas que el día de mañana pudieran pensar por sí mismas y eligieran su camino con toda libertad. Su conducta como docente no cambió nunca: exigente con sus alumnos a la vez que amable y comprensivo. No pegó a ninguno de sus educandos, por muy rebeldes que estos fueran y su comportamiento lo hiciera, a veces, recomendable. Como norma en su atuendo, usaba siempre tirantes para sujetar sus pantalones, pues decía que al no llevar cinturón evitaba la tentación de golpear a alguno de los colegiales con su correa. Para atajar un comportamiento descarriado, hablaba con el indisciplinado hasta hacerle entrar en razón, y siempre buscaba el consenso con los padres para recabar su apoyo.

Dicen que la guerra le sorprendió en la zona roja e inmediatamente lo movilizaron como alférez para servir a la república. No era este maestro una persona que tuviera demasiadas motivaciones políticas, así que, no se distinguió por su bravura y enardecimiento (él había nacido para formar personas trabajadoras y honradas, no para preparar hombres para el combate ni fanáticos para carne de cañón).

Quiso el destino que sus superiores vieran las fantásticas dotes para la docencia del maestro-alférez y lo destinaron a la alfabetización de la tropa primero y, más tarde, como maestro de escuela en el pueblo donde estaba destacado como militar. En esta nueva ocupación vivió tiempos de bonanza, alejado, en cierta manera, de los problemas relacionados directamente con el campo de batalla. Se dedicó exclusivamente a enseñar, dejando de lado las consignas políticas del bando en el que le tocó por suerte recalar, lo que le

supuso serios contratiempos con los comisarios políticos. Cuentan que un comisario político anarquista quiso acabar con él por negarse a predicar en su escuela las doctrinas de *Bakunin*. Se salvó del paredón gracias a la ayuda de los militares republicanos y de los influyentes padres de algunos alumnos, que intercedieron por él.

Las mismas fuentes me comentaron que, cuando terminó la guerra, fue hecho prisionero por los vencedores y sometido a consejo de guerra sumarísimo, lo que auguraba una condena a muerte. Se le permitió defenderse en el juicio y fue tan eficaz su defensa que la condena quedó reducida a pena de prisión. Tuvo que pasar tres años en cárceles franquistas para ser reeducado en las ideas imperantes en la nueva España. Después de tener que soportar todo tipo de presiones para que desertara de unas ideas que no tenía y hacer lo inconfesable por salir lo mejor parado de aquel difícil embrollo, fue puesto en libertad y al poco tiempo rehabilitado para el ejercicio de sus funciones docentes.

Cuando le conocí todavía funcionaban las consignas del *Movimiento Nacional* y Jerónimo Correas era observado muy de cerca por los falangistas. Se le consideraba una persona sospechosa por su aparente pasado republicano y, sobre todo, por su tibieza a la hora de enseñar la *Formación del Espíritu Nacional*, catecismo del régimen franquista.

En su andadura por el nuevo escenario educativo español, utilizó la misma norma que caracterizó su vida: enseñanza sin ninguna cortapisa ideológica. Tuvo que luchar lo indecible contra la manera de pensar de mucha gente dogmática y radical, pero siempre estuvo apoyado por un número elevado de padres de alumnos, que lo mantuvieron en su puesto de maestro por su eficacia y rectitud.

En los años que tuve la suerte de tenerlo como profesor, fue modelo de sensatez y sabiduría. Hombre honrado, justo hasta la médula y docente comprometido con su tarea, que supo plantar el germen del conocimiento en todos sus alumnos y la inquietud por conocer todas las fuentes del saber, para que cada uno tomáramos el camino que más nos conviniera.

Cuando recuperé el presente, allí seguía Jerónimo Correas inmutable, leyendo su periódico atrasado, ajeno al devenir de la vida, pero con la paz de haber cumplido su misión. No había sido para sus enemigos un profesor ideal, ya que fue durante toda su vida una persona incómoda, terca e ideológicamente sospechosa, si bien, no cabe la menor duda, cumplió con el ideal del docente. Me fui hacia él para saludarle y presentarle mis respetos. Tuvo que ahondar en su memoria para situarse en la época y el colegio donde yo había disfrutado con

sus enseñanzas, sin embargo, cuando logró ubicarse y reconocerse, nuestra conversación discurrió de manera muy cordial.

En un momento de la conversación, me comentó una noticia que aparecía en aquel viejo periódico y que exponía lo siguiente: “denuncian a un profesor por gritar a un alumno”. Mi querido profesor me explicó: “a mí me tocó vivir una etapa muy dura en la que tuvimos que superar una guerra civil y una posguerra no menos difícil, y el maestro fue siempre una figura muy controvertida, ya que, en aquel tiempo, se pretendía que el enseñador fuera un ideólogo. Fue muy difícil enseñar de manera neutral para que los alumnos descubrieran, por sí mismos, qué era lo mejor para ellos. La diferencia sustancial entre las dos épocas es que entonces los maestros de mi generación siempre tuvimos el respaldo de los padres y de las autoridades y en este momento no lo tienen. El profesor era, en sí, otra autoridad muy fundamental”.

-No hace falta decir -siguió diciéndome el maestro- que las cosas han cambiado. Ahora el profesor es una persona totalmente indefensa, supeditado a la insensatez de los alumnos y a una errónea idea de proteccionismo de bastantes padres, y lo que es peor, las autoridades no hacen nada por remediarlo. El profesorado está totalmente desprotegido por la ley. En estas condiciones la educación se hace imposible porque la parte correspondiente a los padres no se cumple y, a la vez, la formación, que se debería recibir en los colegios, se resiente por la falta de autoridad del profesor y la indisciplina de los alumnos.

Cuando dimos por terminada nuestra conversación, el amable profesor se levantó abatido. Entonces le noté aún más los estragos de la edad y las penurias pasadas a lo largo de su vida. Al ponerse de pie y estirar sus largas piernas me di cuenta de que seguía fiel a su costumbre de no llevar cinturón, aunque ya no tuviera tentación de castigar a nadie con él.